



CENTELLA y LUCERITO

Muy alto en el cielo había dos estrellas llamadas Lucerito y Centella. Eran íntimas amigas.

Lucerito era una estrella pequeña y su brillo solo podía apreciarse cuando el cielo estaba muy oscuro.

Eso sí: ¡vaya que brillaba! Centella, por su parte, era una estrella mucho más grande cuya luz se veía apenas comenzaba a atardecer,

durante toda la noche e incluso en la madrugada. A Centella y Lucerito les gustaba imaginarse que alguien las miraba, y que por eso tenían que brillar con todas sus fuerzas para quien fuese que las mirara.

Aunque a veces a



Lucerito le hubiese gustado brillar tanto como Centella, nunca se quejaba. Siempre se la veía alegre, porque sabía que Dios la había diseñado tal cual era por una razón. Y que a Centella también la habían creado así con un propósito.

Lucerito decidió que, a pesar de no ser la estrella más resplandeciente, brillaría lo mejor que podía y alabaría a Dios por la luz que le había dado.

Cierto día, Dios le dijo a Centella que le tenía preparada una misión especial. Quería que Centella fuese una de las muchas estrellas que brillarían para transmitir a Abraham, un gran hombre de Dios, lo mucho que le agradaba a Él su fidelidad.

Ya se imaginan la emoción de Centella. A Lucerito no le cabía duda de que, llegado el momento, Centella brillaría con todas sus fuerzas y su esplendor.

De todas maneras, Lucerito no podía evitar sentir un dejo de tristeza por no haber sido llamada a participar en una misión especial como la de Centella. Pensó que se debía a que su luz no era tan intensa, que por esa razón no la habían invitado a participar. Pero al rato se le cruzó por la cabeza un pensamiento positivo, y sonrió. Quizás, si no dejo de brillar y soy fiel como Abraham, a Dios se le ocurrirá algo especial para mí también. Lucerito cobró ánimo y siguió chispeando, decidida a hacer lo mejor que podía, y siguió alabando a Dios con alegría por la luz que Él le había dado.

—Ayúdame a resplandecer para Ti, Diosito —rezó Lucerito—, y a contentarme aun si no puedo hacerlo con tanta intensidad como mi amiga Centella.

Llegó el ansiado día en que Centella debía alumbrarle el camino a Abraham y ayudar a Dios en tan importante misión.

Lucerito contempló a las otras estrellas radiantes en su magnífico despliegue de luz. Sabía que aunque no era tan brillante como ellas, Dios la amaba tanto como a las demás. La puso contenta verlas brillar y centellear con semejante belleza.

Lucerito sonrió de pensar que



Abraham las miraría desde la tierra mientras le brindaban su espectáculo de luz, especialmente para él.

De pronto, oyó una voz que la llamaba.

—Lucero —dijo Dios—. Me hace falta una estrella más. Para que puedas cumplir con la tarea, te concederé más luz.

Así fue que Dios tocó a Lucerito e hizo que resplandeciera con mayor intensidad.

—Gracias, mi Dios —respondió Lucerito, y con una gran sonrisa se reunió con Centella y las demás estrellas, y brilló más fuerte que nunca.

Moraleja: Cuando te sientes agradecido por la forma en que te he hecho y te esfuerzas al máximo, Yo me siento feliz y tú también. Escucho tus oraciones y tus alabanzas, y si tienes una actitud positiva te bendeciré de la manera que sé que más feliz te hará. —*Jesus*



¿SABÍAS QUE...?

En la Biblia, Abraham fue un hombre que le fue fiel a Dios, que lo obedeció en todo. Abraham y su esposa Sara no tenían hijos. Pero debido a la gran fe en Dios que tenía Abraham, Dios prometió darles un niño a él y a su esposa.

Entonces, Dios le indicó a Abraham que mirara al cielo y contara las estrellas. Abraham explicó que le era imposible porque eran demasiadas. Y Dios le respondió que de la misma manera en que las estrellas eran innumerables, lo sería su descendencia y que él sería el padre de una gran nación.

